

## SAN AGUSTIN

### Su vida y su labor

Por complacer a algunos estudiantes de literatura, que desean conservar el siguiente estudio publicado en el *Repertorio Colombiano* en el año de 1887, comenzamos a publicarlo en este número.

Ninguno de los siglos de la era cristiana ha sido tan terrible para la Iglesia, como aquel que medió entre la conversión de Constantino, y la irrupción de los bárbaros. Vióse en aquella luctuosa edad la Esposa de Jesucristo entre un pasado de persecución y un porvenir de llanto y barbarie, y teniendo que vivir en un presente de lucha a muerte contra innumerable turba de enemigos. El paganismo, apenas vencido, amenazaba levantarse de entre sus ruinas; contaba todavía con un crecido número de partidarios, y hacía correr aún la sangre de las víctimas en los templos de los dioses. Pruébalo la existencia de escritores paganos como Amiano y Libanio; pruébalo la sangrienta tentativa del Apóstata Juliano para restablecer el arruinado culto de los ídolos.

Se encontraba al mismo tiempo la iglesia al frente de un número casi incoutable de adversas y poderosas sectas, salidas de su mismo seno. Dominaba en el siglo IV el espíritu de la herejía de una manera que a nosotros se nos hace increíble. No acertamos a imaginarnos a Victor Hugo discutiendo si el Espíritu Santo procede del Padre solamente, o del Padre y del Hijo; ni nos figuramos a Renán disputando con Augusto Nicolás sobre la propiedad de la palabra *consustancial*. En

nuestro siglo los católicos no queremos disentir de la Iglesia ni en una coma, ni en un ápice; y los heterodoxos en todo piensan menos en echarse encima yugo alguno por suave que parezca, y saliendo de un salto de la Religión en que nacieron se van a refugiar en el ateísmo puro, o entre las filas de los panteístas y deístas, que no son otra cosa sino ateos disfrazados. Así el Padre Jacinto que en el siglo IV habría sido un Pelagio y en el XVI un Zwinglio, es en el XIX catequista sin oyentes, y objeto de desprecio no menos para los incrédulos que para los más intolerantes católicos. Este estado de cosas en nuestro siglo acelerará el momento solemne en que el catolicismo y el ateísmo puro se encuentren solos, frente a frente en el mundo; y en que Cristo obtenga la última victoria sobre el último de sus enemigos.

De muy distinto modo que hoy pasaban las cosas en el IV siglo. Arrianos, donatistas, maniqueos, pelagianos, semipelagianos, distintos en opiniones y creencias, se aunaban, cual Herodes y Pilatos, contra la verdad encarnada. Cuál fuera la causa de esta afición a la herejía, no es, a nuestro parecer, difícil de explicar. El hombre vicioso y rebelde por el pecado de Adán, tiene en todo tiempo tendencia a sacudir el yugo de Dios, y hace para ello cuantos esfuerzos le sugiere su pasión. En el siglo IV, como en todos, había cristianos corrompidos y orgullosos. No podían éstos, hijos de los mártires y en los albores del Cristianismo, atreverse a la total negación de la fe, y se refugiaban en herejías, tanto más peligrosas cuanto más sutiles y al parecer inofensivas. En los siglos posteriores, cada secta fue sirviendo de precursora a otra más descarada que ella, hasta que Lutero, con su libre examen, abrió la última brecha por donde se lanzó la negación absoluta que en nuestro siglo domina en todas partes. Preferimos, con

todo, el error actual por adversario: más nos gusta discutir con un incrédulo ignorante en religión sobre la Providencia o la vida futura, que con un hereje, obispo y teólogo, sobre las más espinosas tesis del dogma y la moral.

Para lo porvenir, se le preparaba a la Iglesia, en el siglo IV, aquel cataclismo sin segundo que se llama la invasión de los bárbaros. Costumbres, lenguas, artes, literatura, todo iba a perecer bajo los cascos de los corceles de Alarico y Atila; y la Iglesia se veía en amargura para hacer sobrenadar en la inundación universal la fe confiada a su solicitud.

Preciso era que Dios enviara al mundo algo tan fuerte que pudiera hundir el paganismo, y sepultar las herejías; algo tan luminoso que no pudiera ser extinguido por la barbarie que iba a cobijar el universo. Suscitó Dios aquellos hombres sin semejante que se llaman los Santos Padres; Atanasio, Gregorio Nacianceno, Basilio y Crisóstomo, en el oriente; Jerónimo, Ambrosio, Agustín y Gregorio Magno en el occidente. Pretendemos dibujar hoy la figura del mayor entre ellos; del que, con justicia, es llamado el Platón cristiano; del que, después de quince siglos, aún asombra al mundo con la luz de su entendimiento y el ardor de su corazón. Trazaremos con unas pocas pinceladas la vida de San Agustín; procuraremos en seguida dar compendiosa noticia de sus escritos.

## I

## SU VIDA

El que allá por los años de 376 de la era cristiana hubiera frecuentado las escuelas retóricas y filosóficas de Cartago, habría visto con particular atención al más joven a la par que más famoso de los profesores que brillaban en la capital del Africa, Contaba a la sazón

Aurelio Agustino veinte y dos años de edad. \* De mediana estatura y endeble constitución, sobrio en el hablar, mostraba en todo su sér cierto aire de modestia y timidez. Brillaban en su rostro ovalado y de aquella tinta ligeramente morena y pálida que caracteriza la raza blanca en el norte de Africa, unos ojos negros dulces y melancólicos. Nadie hubiera podido adivinar que tras de aquel aspecto tímido se ocultaba un inmenso orgullo, y que aquel joven de tanto atractivo fuera consumado libertino: nadie hubiera imaginado tampoco que su modesto aspecto escondía uno de los mayores genios que las edades cristianas hayan producido. Y, sin embargo, nada más cierto: cuatro años hacía que se hallaba aprisionado en ilícitas relaciones; dos que profesaba la absurda doctrina maniquea; y ya su nombre, traspasando los límites africanos, empezaba a resonar en la capital del mundo. Nada es más sabido de todos que el hecho de que San Agustín fue en su mocedad libertino; nada menos conocido de los no aficionados a cierto género de estudios que el modo de ser en la maldad del futuro Padre de la Iglesia. Ensayemos darlo a conocer en los años anteriores a su conversión.

Hijo de padre pagano, y nada escrupuloso tratándose de la educación de su familia, y de una madre no sólo cristiana sino santa, Agustín se resintió de las encontradas influencias ejercidas sobre él. Sin Patricio, probablemente se habría salvado en sus primeros años, y hoy la Iglesia lo honraría como modelo de inocencia en vez de venerarlo como modelo de penitencia. Sin Santa Mónica; se habría educado en el paganismo, probablemente ningún recuerdo de su juventud le habría ayudado a salir del vicio, ningunas lágrimas ni oracio-

\* Nació en Tagaste, hoy Souk-Arras, el 13 de noviembre de 354.

nes le habrían atraído el perdón de Dios, y hoy sería quizá un Libanio o cosa semejante, en vez de ser el oráculo del mundo.

Alejado, niño aún, de la ciudad natal y del hogar paterno, sin haber recibido el bautismo que entonces no se administraba, salvo caso de necesidad, sino a los adultos, y colocado por su padre en una escuela pagana, Agustín puso desde temprano el pie en el resbaladizo camino del pecado. Sin embargo, no se lanzó en el vicio, cual acontece a tantos jóvenes, por amor al vicio mismo; la depravación no fue causa de sus faltas sino que fue, al contrario, consecuencia de ellas. Dotado de alma sensible y amante en el más alto grado posible, y no pudiendo emplear su amor en Dios, a quien le habían hecho olvidar, tuvo por fuerza que apegarse a las criaturas. Así un nobilísimo sentimiento fatalmente torcido fue el origen de sus lastimosos extralíos.

Nos refiere él mismo en las *Confesiones* que la primer causa de su caída fue la lectura del poema de Virgilio. Sorprende ver al más inocente de los poetas latinos, al atildado cantor de Eneas, sirviendo de demonio tentador para con un hombre como San Agustín; pero rasgos de esta clase son de gran precio para juzgar del corazón de un hombre. No dudamos que la Eneida, leída por quien posee el latín como lengua propia, pueda inflamar más las pasiones, que estudiada con diccionario en mano como solemos cuando aprendices de latinidad; pero con eso y todo, para un mancebo de nuestros días, de estragado y perverso gusto y que ha tenido por nodriza a la Jorge Sand, un poema como el de Virgilio serviría más para conciliarle el sueño que para inundarlo en lágrimas.

Muestra también el carácter de Agustín, la circunstancia de que nunca fue escandaloso, contentándose con

tener el vicio para sí, y no queriendo hacer participe a nadie de su desgracia. Cuando lo hallamos en Cartago, estaba rodeado de un círculo de amigos, subyugados por su genio; pero nunca vemos que Agustín hablara con ellos de otra cosa que de la verdad filosófica, objeto preferente de los desvelos de todos ellos. Ni sirve menos para aquilatar el alma del joven profesor la fidelidad que, aun en sus mayores extravíos, conservó hasta el fin de su vida licenciosa al indigno objeto de su amor.

Es fenómeno que observamos frecuentemente el de que los padres más incrédulos y libertinos suelen educar a sus hijos en la religión y en la inocencia; mostrando así que el amor paterno es el más arraigado de los buenos sentimientos, y el más difícil de desprender de una alma por extraviada que se encuentre. De esto mismo hallamos ejemplo en Agustín, cuando vemos más tarde en Milán a Adeodato, el fruto de su culpable pasión, con todo el talento de Agustín, toda la piedad de Mónica y una encantadora inocencia.

Hemos dicho que Agustín era de una soberbia indomable, aunque modestísimo en su trato y maneras, como que la modestia es el disfraz predilecto del orgullo; y añadiremos que este vicio no alcanzó jamás a hacerlo menos bueno y condescendiente con sus amigos, ni degeneró tampoco en la baja pasión de la envidia.

Conservó también san Agustín, inviolable respeto y verdadero cariño a su madre; hasta el punto de que, cuando ella en cumplimiento de su deber, echó a su hijo del hogar paterno, Agustín no dijo una palabra; y, cuando poco después, guiada por su cariño maternal, lo llamó de nuevo a su casa, el hijo no vaciló un instante en volver al lado de la mujer ilustre que le había dado el sér. Sólo una vez faltó a las consideraciones

debidas a su madre, con ocasión del viaje que emprendió a Roma, para ejercer el profesorado en aquella capital.

Es el caso que exasperado Agustín con la conducta escandalosa y la insufrible grosería de los estudiantes de Cartago, y teniendo esperanza de encontrar en Roma más aventajados discípulos, empezó a preparar su viaje para la Ciudad Eterna (Año 383). Mónica, con aquel amor de Dios y de su hijo que le hicieron consagrar a la conversión de éste su vida entera, se declaró formalmente resuelta a seguirlo a Italia. No se atrevió Agustín a contradecir a su madre; pero al llegar al puerto de Cartago, le rogó que fuese a orar a una capilla dedicada a san Cipriano que se alzaba en la costa; y mientras ella permanecía postrada a los pies de Jesucristo, la nave que conducía a san Agustín levó anclas y se dirigió a toda vela a las riberas italianas.

Mónica, que no sólo era santa, sino mujer de talento admirable y voluntad sobrehumana, no se desanimó por este contratiempo, y meses después iba surcando el Mediterráneo en busca de su hijo. Y, cuando una violenta borrasca hacía temblar a los marineros del navío, la intrépida mujer los tranquilizaba sonriendo, asegurándoles que tenía por precisión que llegar al término de su viaje, y que por lo tanto no tenían peligro de zozobrar.

Es de advertir que si Agustín vivió tantos años en el vicio, jamás se sintió bien en tal linaje de vida: su corazón y su entendimiento eran demasiado grandes para que pudieran satisfacerse con objeto tan vil. «Criáste-nos Señor, para tí, decía más tarde el Obispo y el Santo, al acordarse de sus extravíos juveniles, y nuestro corazón está inquieto hasta que en tí descanse».  
(*Confess.* I, 1).

Digamos aquí una palabra sobre la herejía maniquea. A fines del tercer siglo se presentó en oriente un hombre, persa de origen, llamado Manés, y empezó a difundir una doctrina apellidada con el nombre de su autor. Creían los sectarios de la nueva secta que existían *ab-eterno* dos seres necesarios y opuestos entre sí: uno bueno y otro malo. Son manifestaciones del sér bueno todos los espíritus, así como los cuerpos los son del sér malo. No tienen espíritu solamente los hombres, sino también los animales, y aun las plantas: de aquí que para los maniqueos matar una ave o cortar una yerba fuera un horrendo asesinato. No se crea, sin embargo, que esta opinión los hiciera privar de los manjares que necesitaban; se valían de los que no eran de su secta para que les proporcionaran las viandas necesarias, y así el pecado no recaía sobre ellos sino sobre sus proveedores. Juzgaban que Dios, y por consiguiente todos los espíritus que formaban parte de él, era una sustancia sutilísima, semejante a la luz. Finalmente, creían en Jesucristo, aunque afirmando que su cuerpo, sus padecimientos y su muerte nada habían tenido de real y que eran tan sólo una pura ilusión. Sorpresa nos causaría ver a un hombre del talento colosal de san Agustín creyendo en semejantes absurdos, si no supiéramos que la fe es dón de Dios, y que, cuando un hombre se aparta de El, queda expuesto, aunque sea un genio, a caer en lo más profundo del error.

Dos cosas son de notar tratándose de la herejía de san Agustín. Nunca escribió en contra de la Iglesia, o a lo menos nada de este género nos ha quedado de él; y nunca se halló convencido plenamente de las doctrinas erróneas que profesó. Su vida fue una constante y sincera investigación de la verdad, sin reposo hasta el día en que halló en la doctrina católica satisfecho su

entendimiento, y en el amor de Jesucristo tranquilo el corazón. En nuestro siglo hemos visto algo semejante en ciertos protestantes ilustres como Newman, si bien inferiores en talento y santidad a Agustín, iguales a él por su sincero amor a la verdad, que la han perseguido por años enteros hasta encontrarla en el seno de la Iglesia de Roma, donde han reposado después tranquilos y felices.

Hemos hablado del talento de Agustín, y añadiremos que, si bien el vicio no dejó que brillara en todo su esplendor como brilló después, no lo alcanzó a oscurecer del todo, como de ordinario sucede. Nos refiere él mismo, con cierto motivo, en sus *Confesiones*, la manera como estudió a los veinte años de su edad las *Categorías* de Aristóteles. Es esta la más profunda y difícil de las obras del sabio Estagirita. No se admitía en tiempo de Agustín el estudio de este trabajosísimo libro sino a hombres versados en filosofía, quienes necesitaban con todo, de que un hábil profesor les explicase, lentamente las metafísicas doctrinas del Maestro, valiéndose para ello de una serie de figuras que se trazaban sobre la arena. Oyó Agustín hablar del misterioso libro, y consiguió a hurtadillas de sus maestros un ejemplar. Leyólo del principio al fin sin hallar un solo tropiezo y como quien lee una novela. Más tarde, cuando su profesor quiso enseñarle las *Categorías*, Agustín le hizo una explicación tal de la doctrina de Aristóteles que el maestro confesó que nada tenía que enseñarle.

Corría parejas con el talento de Agustín, su ardiente amor al estudio. Cierta que nos refiere él mismo en las *Confesiones* (Lib. 3) su desaplicación cuando estaba aprendiendo a leer y escribir en la escuela de Cartago, y el odio que profesaba entonces a la aritmética. «Era para mí, dice, una canción insufrible el oír a los otros y repetir yo mismo: *uno y uno son dos; dos y dos son*

cuatro». Mas apenas empezó sus estudios de humanidades, les cobró una afición nunca desmentida. Había en Cartago cierto grupo numerosísimo de perversos estudiantes tan reñidos con los libros y las clases, como encariñados con el vicio y el desorden, que se llamaban a sí mismos *eversores*, o trastornadores. Recorrian las calles por la noche en grupos y ejecutaban con los transeúntes toda clase de vejámenes y atropellos. Siempre los abominó Agustín, nunca quiso acompañarlos en sus nocturnas excursiones, y por librarse de ellos, dejó a Cartago, buscando en Roma la tranquilidad de de espíritu necesaria a su infatigable pasión por el estudio.

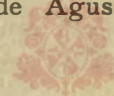
El poderoso talento y la ciencia vastísima de Agustín fueron el medio empleado por la gracia para sacarlo del maniqueísmo, y, más tarde, para volverlo a la verdad y al bien. No podían ocultársele al joven profesor de Cartago los absurdos que encerraba la herejía en que se hallaba sumido, y sin cesar exponía sus argumentos y sus dudas a los principales maniqueos de Africa. Respondíanle éstos confesando su impotencia para satisfacerlo, pero añadían que los grandes doctores de la secta tenían cumplida explicación para todas las objeciones que pudieran presentarse. ¡Cuál sería el gozo de Agustín al saber que Fausto, el más famoso obispo y orador de los maniqueos, llegaba a Cartago! Era este hereje hombre de trato cultísimo y de agradable y modesto continente; muy versado en la lengua latina que hablaba con elegancia y facilidad, y, en suma, un orador distinguido, por lo que hacia a la parte material de sus discursos, aunque ignorantísimo en historia, filosofía y ciencias físicas y naturales.

Oyólo varias veces Agustín discurrir en público, y cada vez salía más hechizado con la elocuencia de Fausto,

to, y más desengañado de la doctrina que éste predicaba. Pudo al fin lograr una conferencia privada con el obispo; en ella Agustín expuso sus dudas, y Fausto agotó su verbosidad. Al salir de la conferencia, el hereje estaba avergonzado, y Agustín ya no era maniqueo.

El primer libro que abrió los ojos del futuro santo y le hizo ver un rayo de luz, fue el *Hortensio* de Cicerón. Lo leyó en Cartago en la época de su mayor extravío, y fue para él una revelación. Es el *Hortensio* un libro en que el famoso orador romano discute sobre los diversos sistemas filosóficos, y, despreciando la abyecta filosofía de los que en su tiempo se llamaban *Epicuri de grege porci* y de los otros filósofos materialistas, se levanta a la doctrina espiritualista y sublime de Sócrates y Platón. Estos principios, revestidos con la incomparable majestad del período ciceroniano, impresionaron vivamente el noble espíritu de Agustín. «Este libro, dice, renovó mi alma; mis votos, mis aspiraciones y mis deseos más profundos tomaron otra dirección; el mundo me parecía vil y despreciable; consumíame en un amor inconcebible y en una pasión ardiente por esta sabiduría inmortal, y empecé a levantarme, o Dios mío, para volver a tí» (Conf. III, 4).

Cicerón le abrió la puerta a otro filósofo más grande que él, al sublime genio que entre los paganos se acercó más a la verdad cristiana; al que todos los siglos han llamado con el sobrenombre de *divino*. Empezó Agustín la lectura de Platón en Milán, cuando enseñaba retórica en esa ciudad (año 386) y quedó abismado. Entendió allí bien por primera vez la espiritualidad de Dios, y se admiró al vislumbrar en los libros del sublime griego algo sobre la existencia del Verbo. Era un nuevo campo abierto al genio de Agustín, quien,



sin embargo, no encontraba en Platón todo lo que su corazón y su entendimiento deseaban aprender. Sólo la Biblia podía satisfacer a esta necesidad; y así como Cicerón le abrió paso en el alma de Agustín a Platón, éste lo condujo hasta San Pablo. Semejantes por el genio, por el ardor, por los extravíos, entre Pablo y Agustín tenía que establecerse, como sucedió en efecto, una ardiente simpatía. Nótese que para preparar el alma del futuro doctor a la gracia, se necesitó de los esfuerzos de tres genios como Platón, Cicerón y San Pablo.

No quedó el joven africano más contento con los discípulos que encontró en Roma que con los de Cartago; y, por lo tanto, resolvió mudar nuevamente de residencia, no obstante la inmensa y no rivalizada reputación que se había creado en la ciudad eterna. Supo que estaba vacante la cátedra de elocuencia en Milán, y después de un examen en que venció a todos sus competidores, fue nombrado por Símaco, prefecto de Roma, para regentarla. En Milán, residencia a la sazón de los emperadores, encontraremos de nuevo a Agustín, y allí asistiremos a su conversión, para conocerlo en la época que marcó la separación entre dos fases diversas de su vida.

Cuando llegó de Roma a Milán se hallaba en un estado más lastimoso que nunca. Desengañado del maniqueísmo, sin creer aún en la doctrina católica, desesperó de encontrar la verdad y se resolvió a dudar de todo y a no cultivar en lo sucesivo sino la forma. La situación era insostenible, y era preciso que terminara cuanto antes. Se sirvió Dios para esta última parte de su obra de la lectura de Platón, como dijimos antes, y luego del gran san Ambrosio. Era este ilustre obispo venerado de un modo extraordinario en Milán, y así el

nuevo profesor de retórica creyó no deber dispensarse de visitarlo y obtener, si era posible su amistad. Santa Mónica que acababa de llegar de Africa en busca de su hijo, le habló sobre él al obispo, quien quedó ya prevenido para recibirle. ¿Adivinó el santo anciano en la primera entrevista que tuvieron el genio colosal y el gran corazón del joven africano? Sabemos que lo recibió con cariñosa bondad, y que Agustín salió prendado del talento y de la modestia y cortesanía del ilustre doctor.

A poco, oyendo ponderar la elocuencia de san Ambrosio, resolvió Agustín concurrir a la iglesia, deseoso, nos dice él mismo, no de escuchar la doctrina católica que despreciaba, sino de persuadirse por sí mismo de si la fama que disfrutaba el primer orador sagrado de aquel tiempo era superior o inferior a su mérito real, y aquí vemos de nuevo cuando sirvió a Agustín su genio y su amor a la ciencia para salir del error. Oculto tras de un pilar de la basilica escuchaba la palabra del obispo, cuidando de no poner atención en el fondo de las cosas, sino únicamente en la forma; pero como ésta, nos dicen las *Confesiones*, no puede separarse de aquél, tuvo que oír la verdad y empezó a creer que si el catolicismo no era divino, sí era muy defendible, y que estaba lejos de ser tan absurdo como él lo había creído hasta entonces.

Esto y la lectura de Platón lo animaron a estudiar las Santas Escrituras, principalmente a San Pablo, y entonces brilló a sus ojos con todo su deslumbrante esplendor la doctrina católica. Y, sin embargo, no estaba convertido. Enseña la experiencia que las buenas costumbres son más necesarias que el convencimiento para llegar a la fe, y si la palabra elocuente de Ambrosio y la más elocuente aún de san Pablo habían llegado al entendimiento de Agustín, no habían roto aún los lazos que le tenían aprisionado el corazón. Había llegado el

último grado de aquella serie fatal de que él mismo nos habla: del pensamiento malo al deseo, del deseo a la acción, de ésta a la costumbre y de la costumbre a la necesidad de pecar. En vano santa Mónica había logrado que la infeliz mujer, principal causa de la ruina de Agustín, volviera a África: nuevas caídas habían demostrado hasta qué punto se le había arraigado el vicio en el corazón, y cuán difíciles eran de disipar aquellas tinieblas, más espesas que lo habían sido las de su entendimiento.

No hay nada tan misterioso como los medios de que Dios se sirve para hacer llegar la gracia al corazón de un hombre. Ya viene, como sucedió a san Pablo, milagrosamente; ya por los caminos más triviales y aparentemente inadecuados. Una palabra del Salvador convierte a la Samaritana; una sola mirada de Jesús hace brotar el más amargo arrepentimiento en el corazón de Pedro. Una lectura piadosa forma de un mundano militar el fundador de la Compañía de Jesús, y una sola palabra de san Ignacio lanza a san Francisco Javier por el camino de las Indias, que fue para él el de la gloria. Y una circunstancia insignificante fue la que determinó la conversión de san Agustín.

En los días en que se hallaba más atormentado por la lucha que peleaba en su interior el entendimiento convencido de la verdad del cristianismo y el corazón apegado a los placeres, llegó de África a visitar a Agustín un militar, amigo suyo, llamado Ponticiano (año 386). Era éste un cristiano a carta cabal y hombre tan piadoso como valiente. Conversando con Agustín y con Alipio, grande amigo de ambos, vio sobre la mesa un libro, y lo tomó maquinalmente en la mano. Abriólo creyendo que sería un tomo de Cicerón o Tácito, pero al ver que eran las epístolas de san Pablo, miró a Agustín con sonrisa de admiración. Confesó éste que la Biblia era, de algunos meses a entonces, su

lectura favorita, y de aquí se originó una conversación netamente cristiana. Empezó con tal motivo el militar a referir la vida de san Antonio Abad, y los milagros de castidad y penitencia que abrigaban en su seno los desiertos de la Palestina y la Tebaida. Mientras hablaba, una verdadera tempestad se estaba desatando en el alma de Agustín. Descendió al huerto de la casa, apenas se despidió Ponticiano, y seguido de Alipio, se internó en medio de los árboles. Las primeras palabras que pudo articular fueron dirigidas a su amigo. «¿Qué es esto que pasa por nosotros? ¿Qué es lo que nos sucede? ¿Qué es lo que hemos oído? ¿Levántanse de la tierra los indocitos y se apoderan del cielo, y nosotros con todas nuestras doctrinas sin juicio ni cordura, nos estamos revolviendo en el cieno de la carne y de la sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlo porque ellos van delante de nosotros? y no tendremos siquiera vergüenza de no seguirlos?». (Conf. VIII. 8). La emoción no le permitió continuar, y se apartó de Alipio para dar rienda suelta a sus pensamientos.

¡Qué escena aquella tan digna de atención! Agustín al pie de una higuera en mortal lucha consigo mismo, vacilando dolorosamente entre el placer que lo reclamaba avivando sus pasiones, y Jesucristo que le ofrecía con los brazos abiertos la gracia y el perdón; Alipio en pie, a respetuosa distancia, aguardando la determinación de su amigo, para seguirlo en la conversión, en el episcopado, sobre los altares de la iglesia; Mónica echada a los pies del crucifijo, bañada en lágrimas, y haciendo con sus oraciones el último esfuerzo para la conversión de su hijo; y los ángeles asistiendo invisiblemente en el huerto, y aguardando el *fat* de Agustín, para inclinarse reverentes ante el doctor de la Iglesia, el vencedor de las herejías, y el que sería, según la palabra de Jesucristo, la luz del mundo.

Estaba Agustín en lo más amargo de aquella lucha incomprensible entre la voluntad que manda y la misma voluntad que resiste, descrita magistralmente en las *Confesiones*, cuando oyó una voz infantil que parecía venir de la casa vecina y que repetía estas palabras: «toma y lee». Recibiólas en su dolorosa lucha como aviso del cielo, y, levantándose, se encaminó, seguido de Alipio, a la casa. Abrió al acaso las epístolas de san Pablo, y lo primero que leyó fueron estas palabras: «No vivais en banquetes y embriagueces, no en vicios y deshonestidades; sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no os cuidéis de satisfacer los apetitos de la carne». No quiso seguir adelante: las palabras del apóstol habían puesto fin al combate. Un instante después. Agustín estaba, bañado en lágrimas, en los brazos de su madre, a los pies del crucifijo.

El antiguo libertino estaba convertido; pero, cómo? La vuelta de Agustín al bien es el más perfecto modelo que puede presentarse, y debe servirnos a todos de ejemplo sobre el modo de tornarse a Dios. Nada de dilaciones, nada de resistencias, nada de consideraciones al mal que se abandona. Se hallaba nuestro santo encenegado en los vicios sensuales, y abandona sin vacilar lo que había amado, y ni siquiera piensa en el matrimonio, sino que hace voto de perpetua continencia; el orgullo lo devoraba, y renuncia su cátedra de retórica, y resuelve ausentarse, no sólo de Roma o Milán, teatros de su fama, sino de Italia, de Europa misma. Ni una nueva caída, ni un instante de vacilación se advierten en lo futuro en su vida, más fecunda para la gloria de Dios y para la santificación de su alma, que lo son las vidas juntas de todos los cristianos tibios en servir a Jesucristo y divididos entre Dios y ellos mismos.

«Al que quiera llegar a las cosas interiores y espirituales, le conviene apartarse con Jesucristo de la gente».

«El que se aparta de sus amigos y conocidos, consigue que se le acerque Dios y sus santos ángeles»; nos dice la imitación de Cristo (1,20); y los enseña diariamente la experiencia a los siervos del Señor. Agustín después de la solemne crisis de su vida, y cuando se estaba preparando a la recepción del bautismo, no podía, no quería permanecer en el bullicio de Milán, y resolvió retirarse al campo con varios de sus amigos convertidos con él y por él. Un admirador de Agustín le ofreció para ello la encantadora quinta de Casiaco, situada a corta distancia de Milán, en pintoresca situación en la falda de una colina. Construida con toda la elegancia y comodidad romanas, con vista a uno de aquellos paisajes que sólo existen en Italia, rodeada de árboles y vides, y situada a orillas de un hermoso torrente, Casiaco ofrecía grande hermosura y cuanta calma podía apetecer Agustín y sus compañeros. Eran éstos Adeodato, de quien hablamos al principio de este escrito, joven de quince años, de talento muy superior a su edad y de inocencia angelical; Navigio, hermano de Agustín, honrado hoy en los altares del cristianismo; Alipio, el mejor amigo de nuestro Santo, «el hermano de su corazón», después canonizado también; Licencio y Trigecio, los más distinguidos discípulos de Agustín; y para que nada faltara, la santa madre del joven convertido, Mónica, tan grande por su talento como por sus virtudes.

Envidiable vida pasaban los jóvenes solitarios en la hechicera quinta. La mañana entera era dedicada a los ejercicios piadosos, preparatorios para el bautismo; y al medio día, en la suave estación del otoño en que se encontraban, se reunían en el jardín de la casa, bajo las sombras de los árboles, y allí departían en animada plática sobre las más interesantes cuestiones de filosofía re-

ligiosa. Psra descansar luégo, se leía por la tarde en común a Virgilio y a Cicerón, o algunos de los escritos que Agustín estaba componiendo: los *Soliloquios* por ejemplo. El santo nos ha conservado en su libro *De beata vita* algunas de las conversaciones de Casiaco. Creemos que nuestros lectores no llevarán a mal que les transcribamos aquí alguna de ellas; pues nada mejor podríamos hacer para mostrar el modo de ser de aquella encantadora asamblea. Insertamos casi textualmente la relación que, tomada de san Agustín, nos hace el biógrafo de santa Mónica (\*).

Era el 13 de noviembre de 386, día en que Agustín cumplía los treinta y dos años. Su madre había preparado uno de aquellos modestos banquetes con que las familias cristianas celebran la fiesta del hogar. Después de comer, retiráronse a conversar de sobremesa, no al jardín, porque la tarde fría hubiera podido hacer daño al débil pecho de Agustín, sino a una salita abrigada del interior de la casa. El motivo de la fiesta que celebraban los llevó naturalmente a hablar de la vida. Qué es? en qué consiste? Preguntó Agustín. Se quiso prescindir, como de cosa indigna de atención, de la vida del cuerpo; y se propuso como tema de conversación, saber en qué consiste la vida del alma.

—El alma, dijo Mónica, no tiene más que un alimento: conocer y amar la verdad.

—Pero repuso Trigecio, creo que existen dos alimentos diversos para el alma: uno bueno y otro malo; pues si bien hay hombres que se alimentan de la verdad, hay otros que se alimentan de errores y vanidades.

—Nó, interrumpió Agustín; el error y la vanidad, lejos de alimentar el alma, la hacen sufrir hambre, y producen en ella la esterilidad y el desfallecimiento.

(\*) *Vida de santa Mónica*, por Monseñor Bougaud.

Pero, decidme ahora, ¿cuál es el término y el objeto de la vida? ¿Por qué la vida del hombre no es más que una aspiración constante a la felicidad? Y ¿cuál es el hombre feliz? ¿no será aquel que tiene cuanto desea?

—¡Oh, nó! replicó Mónica; si desea el bién y lo obtiene, será dichoso, pero si desea el mal y lo consigue, ¡cuán desgractado será!

—¡Oh, madre mía! exclamó Agustín entre conmovido y gozoso; al expresaros así, habéis llegado al más alto punto de la filosofía.

Y citó Agustín un admirable trozo de Cicerón, en que este filósofo expresa la misma idea que acababa de manifestar Mónica. Al oír ésta la palabra del orador romano, las explanó de tal modo que, dice san Agustín «Creían oír a algún hombre eminente que se hallaba en medio de ellos». «En cuanto a mí, añade el Santo, contemplaba extasiado el manantial divino del que brotaban tan bellas cosas».

Prosiguiendo la discusión, Agustín propuso una nueva pregunta:

—Hemos separado, dijo, todo lo malo como incapaz de hacer al alma dichosa; viniendo ahora a lo que, sin ser malo, es perecedero, como riquezas, gloria, etc., ¿puede el hombre encontrar la felicidad en ello?

Todos callaron, y Agustín mismo respondió:

—Nó; porque lo que es pasajero y mortal, ¿cómo tenerlo cuando lo deseamos? ¿y cómo conservarlo cuando lo tenemos?

—Sin embargo, dijo Trigecio, hay hombres que poseen los bienes terrenos en tal abundancia, que tienen cuanto han menester, y aun cuanto desean.

—Díme, Trigecio, repuso Agustín, ¿el que teme puede ser feliz?

—Nó.

—El que ama, y sabe que puede perder lo que ama, puede dejar de temer?

—No puede.

—Ahora bien, ¿todo lo terrestre y perecedero no puede perderse?

—Sí, puede perderse.

—Luego el que posee, concluyó Agustín, las cosas perecederas, no puede ser feliz.

—Sin duda, dijo Mónica; pero yo voy más lejos todavía. Dado que estuviese seguro de no perderlas nunca, aún le contemplaría desgraciado; porque todo lo pasajero es desproporcionado para el alma del hombre, y cuanto más trabaje para obtenerlo, más miserable e indigente será.

—Pero, prosiguió Agustín, ¿si el hombre poseyera todas las cosas de la tierra y supiese poner límites a sus deseos, aprendiendo el arte de gozar de ellas con dignidad y moderación, no sería feliz?

—Nó, nó, replicó Mónica, todas las cosas de la tierra no pueden hacer feliz a un alma.

—Oh! cuán bello es eso! dijo Agustín: si alguien quiere ser dichoso, que busque los bienes imperecederos, y renuncie a la incierta felicidad de esta vida, y como sólo Dios es eterno, sólo en Dios está la verdadera felicidad.

Así sin proponérselo acababa aquella reunión de refutar hermosamente la doctrina de Epicuro, que por aquel entonces alcanzaba todavía cierta boga en la sociedad romana.

San Agustín quiso agotar la materia, y por último dijo:

—Ya sabemos que sólo es dichoso quien tiene en sí mismo a Dios; pero decidme, ¿quién es el que tiene a Dios en sí?

—El que hace el bien, dijo Licencio, tiene en sí a Dios.

—Sólo el que hace la voluntad de Dios, repuso vivamente Trigecio, tiene a Dios consigo.

—El que no lleva en sí el espíritu impuro, dijo Adeodato, ese tiene a Dios en sí mismo.

—¿Y quién es ese? preguntó Agustín; ¿el que evita las grandes faltas?

—Oh nó! respondió el niño, sólo es verdaderamente pura el alma que ama a Dios, y se ocupa de él con exclusión de todo lo demás.

Seis meses duraba ya la estación en Casiaco, cuando fue preciso volver a Milán, por el tiempo de la cuaresma, a fin de prepararse inmediatamente al bautismo, bajo la dirección de san Ambrosio. Administrábase en aquel tiempo el sacramento en la noche del sábado santo al domingo de Pascua, y todo el tiempo precedente, desde el miércoles de ceniza, se consagraba a la instrucción de los catecúmenos bajo la dirección del párroco. San Ambrosio quiso eximir a Agustín de la asistencia al catecismo; pero fue preciso ceder a la humildad del nuevo cristiano. Por un mes entero el pueblo de Milán vio todos los días al más ilustre profesor de la ciudad, sentado en un banco de la iglesia, en medio de los niños, escuchando las sencillas instrucciones de un pobre sacerdote.

En la noche del 24 al 25 de abril del año 387, el bautisterio de una de las iglesias de Milán estaba lujosa y sencillamente adornado. Al rededor de la pila bautismal se hallaban de rodillas en profundo silencio Agustín, Adeodato, Alipio, Trigecio y tres o cuatro catecúmenos más. Mónica, postrada en el lugar menos visible de la capilla, trataba de esconder a las miradas de un centenar de personas que asistían, la emoción que la embargaba. Cerca al amanecer entró al bautisterio Am-

brosio radiante de alegría: ya podía morir en paz después de una conquista como la de Agustín; ya podía irse al cielo a recibir la recompensa, sin cuidado por la Iglesia a quien le dejaba un doctor, un obispo, un maestro más grande que él. Hermoso contraste formaban los dos santos padres: el uno blanco de canas, después de una larga vida empleada en el servicio de Dios, inundado de gozo; el otro, en el vigor de la juventud, después de una vida de pecado, contrito y conmovido. Tal suele verse en una hermosa mañana la luna que se esconde en occidente, en los momentos en que los primeros rayos del sol empiezan a iluminar la cima de las montañas opuestas.

Después de unos minutos de oración, Ambrosio se levantó y tomó en la mano a Agustín, y lo sumergió por tres veces en la piscina cuyas ondas reflejaban el resplandor de las luces del bautisterio. En cada vez, Agustín salió de la fuente bautismal con una protesta de fe en los labios, según el rito de la iglesia de Milán: «Creo en Dios, creo en Jesucristo, creo en el Espíritu Santo». Al salir el catecúmeno del agua por tercera vez, Ambrosio llenó un vaso de agua y lo derramó sobre la cabeza de Agustín, diciendo al mismo tiempo: «Yo te bautizo, en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo». Revistió luego al nuevo cristiano con una blanca túnica, tejida por Mónica para su hijo, y luego, dándole un cirlo encendido, se encaminaron al altar, donde Ambrosio puso en los labios de Agustín, pálido de emoción, la hostia inmaculada que quita los pecados del mundo. La grande obra estaba consumada.

Entonces se dice que el venerable obispo, levantando las manos y los ojos al cielo, exclamó enajenado:

—«A tí, oh Dios, te alabamos; a tí como Señor te confesamos!»

Y Agustín repuso entonces postrado de rodillas:

—«A tí, Padre Eterno, a quien toda la tierra adora».

Y Ambrosio contestó:

—A tí los ángeles, a tí los cielos y todas las potestades.

—A tí, volvió a decir Agustín, los querubines y los serafines cantan sin cesar: Santo, santo, santo es el Señor Dios de los ejércitos.

Y siguieron alternativamente expresando sus alegrías, sus súplicas, sus acciones de gracias, hasta componer el himno admirable conocido con el nombre de sus dos primeras palabras: *Te Deum*. Monumento imperecedero que nos recuerda una conversión que llenó de gozo al cielo y a la tierra; y que, más duradero que el bronce, transmitirá hasta el fin de los siglos la memoria de uno de los días más grandes que cuenta en sus anales la Iglesia católica.

R. M. CARRASQUILLA

(Continuará)

## A la Concepción inmaculada de María

Estrellas vocingleras,  
que con brillos habláis de la criadora  
omnipotente mano; sol que imperas  
en lo visible que tu luz colora;  
fuentes gloriosas en que el bién se anida  
manando en gozo y en belleza y vida:  
absortos de estupor, callad ahora.

Tu soberana diestra  
resplandece hoy, Señor, magnificada  
al producir por fin la obra maestra  
tantos siglos del hombre suspirada.